

TORQUEMADA 4



TORQUEMADA  
Y  
SAN PEDRO

Benito Pérez Galdós

La tetralogía de Torquemada cuenta a lo largo de sus páginas, unas veces con piedad y otras con ironía, la historia de un usurero que pasó a ser universal. Quizá este personaje de ficción dibujado con vitriolo por Benito Pérez Galdós naciera a partir de otros de Balzac o Dickens, como Gobseck o el Scrooge de *Cuento de Navidad*, pero Torquemada está, sin duda, a la altura de éstos, y hoy todavía nos parece vivo y muy real. Su propio creador, al comprender tiempo después de la publicación de la primera novela su relevancia, le hizo protagonizar otras tres obras más, que forman uno de los más importantes ciclos galdosianos; un ciclo admirado y elogiado por nombres tan distintos como César M. Arconada, Luis Buñuel o Sergio Pitrol, quien ha señalado recientemente, con motivo de la concesión del Premio Cervantes, que «las novelas de Torquemada» fueron fundamentales en su formación como lector y escritor.

En esta novela, última de la serie, nuestro protagonista se muda al recién adquirido palacio de Gravelinas junto a la cuñada, la mujer y el hijo. El ambiente en la casa es de desolación, por causa de la reciente pérdida del hermano y de la profunda deficiencia física y mental del nuevo Valentín, que Galdós compara con una bestia. Habiendo concluido su escalada social y siendo ya multimillonario, Torquemada debe ahora rendir cuentas con el mundo de los valores trascendentales, impelido a enfrentarse a su pasado usurero y a su arraigado materialismo por la muerte de su esposa y, poco después, por su propia enfermedad.

Nuestro hombre se enfrenta a su propia enfermedad y riesgo de muerte. En estas sensibles circunstancias, su conciencia se divide atormentada: desea salvar su alma, pero nuevamente cree poder engañar a Dios, comprando su indulgencia a cambio de ceder sus bienes a la Iglesia; pero al mismo tiempo, desea igualmente su salvación material para

poder completar un jugoso negocio que le reportará pingües beneficios.

# PRIMERA

# PARTE



Las primeras claridades de un amanecer lento y pitañoso, como de Enero, colándose por claraboyas y tragaluces en el interior del que fue palacio de Gravelinas, iba despertando todas las cosas del sueño de la obscuridad, sacándolas, como quien dice, de la nada negra a la vida pictórica... En la armería, la luz matinal puso el primer toque de color en el plumaje de yelmos y morriones; modeló después con trazo firme los petos y espaldares, los brazales y coseletes, hasta encajar por entero las gallardísimas figuras, en quien no es difícil ver catadura de seres vivos, porque la costra de bruñido hierro, cuerpo es de persona monstruosa y terrorífica, y dentro de aquel vacío, ¡quién sabe si se esconde un alma!... Todo podría ser. Los de a caballo, embrazando la adarga, en actitud de torneo más que de guerra, tomaríanse por inmensos juguetes, que fueron solaz de la Historia cuando era niña... En alguno de los guerreros de a pie, cuando ya la luz del día determinaba por entero sus formas, podía observarse que los maniquíes vestidos del pesado traje de acero, se aburrían soberanamente, hartos ya de la inmovilidad que desencajaba sus músculos de cartón, y del plumero que les limpiaba la cara un sábado y otro, en miles de semanas. Las manos podridas, con algún dedo de menos, y los demás tiesos, no habrían podido sostener la lanza o el mandoble, si no se los ataran con un toscó bramante. En lo alto de aquel lindo museo, las banderas blancas con la cruz de San Andrés colgaban mustias, polvorosas, deshilachadas, recordando los tiempos felices en que ondeaban al aire, en las bizarras galeras del Tirreno y del Adriático.

Del riquísimo archivo se posesionó la claridad matutina en un abrir de ojos, o de ventanas. En la cavidad espaciosa, de elevado techo, fría como un panteón, y solitaria como templo de la sabiduría, rara vez entraba persona viviente, fuera del criado encargado de la limpieza, y de algún erudito escudriñador de rarezas bibliográficas. La estantería de alambradas puertas cubría toda la pared hasta la escocia, y por los huequecillos de la red metálica confusamente se distinguían lomos de pergamino, cantos de ceñidos legajos amarillentos, y formas diversas de papelorio rancio, que despedía olor de Historia. Al entrar la vigilante luz, retirábase cauteloso a su domicilio el ratón más trasnochador de aquellas soledades: contento y ahíto iba el muy tuno, seguido de toda la familia, pues entre padres, hijos, sobrinos y nietos, se habían cenado en amor y compañía una de las más interesantes cartas del Gran Capitán al Rey Católico, y parte de un curiosísimo *Inventario de alhajas y cuadros* pertenecientes al Virrey de Nápoles, D. Pedro Téllez Girón, *el Grande de Osuna*. Estos y otros escandalosos festines ocurrían por haberse muerto de cólico miserere el gato que allí campaba, y no haberse cuidado los señores de proveer la plaza, nombrando nuevo gato, o gobernador de aquellos oscuros reinos.

Los rasgados ventanales del archivo y armería daban a un patio, medianero entre aquellos y el cuerpo principal del palacio, el cual, por dormir en él mucha y diversa gente, tardó algo más en ser invadido por los resplandores del día. Pero al fin, la grande y suntuosa mansión revivió toda entera, y la quietud se trocó casi de súbito en movimiento, el silencio nocturno en mil rebullicios que de una y otra parte salían. El patio aquel comunicaba por un luengo pasadizo, que más bien parecía túnel, con el departamento de las cocheras y cuadras, que el último duque de Gravelinas, concienzudo *sportman*, había construido de nueva planta, con todos los refinamientos y perfiles del gusto inglés en estas graves materias. Por allí se iniciaron los primeros rui-

dos y desperezos del diario trajín, patadas de hombres y animales, el golpe de la pezuña suave y el chapoteo duro de los zuecos sobre los adoquines encharcados, voces, ternos y cantorios.

En el primer patio aparecieron multitud de criados, por diferentes puertas, mujeres que encendían braseros, chicos mocosos con bufanda al cuello y mendrugo en boca, que salían a dar el primer brinco del día sobre el empedrado, o sobre la hierba. Un hombre con cara episcopal, gorra de seda, pantuflas de orillo, chaleco de bayona y un gabán viejo sobre los hombros, llamaba a los rezagados, daba prisa a los perezosos, achuchones a los pequeñuelos, y a todos el ejemplo de su actividad y diligencia. Minutos después de su aparición, se le veía en una ventana baja, afeitándose con tanta presteza como esmero. Su rozagante cara resplandecía como un sol, cuando volvió a salir, después de bien lavado, para seguir dando órdenes con voz autoritaria y acento francés. Una mujer de lengua muy suelta y puro sonsonete andaluz, disputaba con él, ridiculizando sus prisas; pero al fin no tuvo más remedio de apenar, y allá sacó a tirones, de las sábanas, a un chicarrón muy guapo, y llevándole de una oreja, le hizo zambullir la jeta en agua fría, le lavó y enjugó muy bien. Después de peinarle con maternal esmero, le puso el plastrón lustroso y duro, y un corbatín blanco que le mantenía rígida la cabeza como el puño de un bastón.

Otro asomó con pipa en la boca, la mano izquierda metida en una bota de lacayo, cual si fuera un guante, y en la diestra un cepillo. Sin respeto al franchute, ni a la andaluza ni a los demás, empezó a vociferar colérico, gritando en medio del pasillo: «¡Cuajo... por vida del cuajo, y del recuajo, esto es una ladronera!... ¡Quisiera ver al cochino que me ha birlado mi betún!... ¡Le quitan a uno su betún, y la sangre, y el cuajo de las ternillas!». Nadie le hacía caso. Y en medio del patio, otro, con zuecos y mandil, chillaba furioso: «¿Quién ha cogido una de las esponjas de la cuadra? ¡Dios,

que ésta es la de todos los días, y aquí no hay gobierno, ni *ministración*, ni orden público!».

—Toma tu esponja, mala sangre —gritó una voz mujeril desde una de las ventanas altas—, para que puedas lavarte la tiña.

Se la tiró desde arriba, y le dio en mitad de la cara con tanta fuerza, que si fuera piedra le habría deshecho las narices. Risas y chacota; y el maldito francés dando prisa con paternales insinuaciones. Ya se había endilgado, sobre la gruesa elástica, la camisola de pechera almidonada y brillante, disponiéndose a completar su atavío, no sin dirigir a pinches y marmitones advertencias muy del caso para desayunarse todos pronto y bien.

Los pasillos de aquel departamento convergían, por la parte opuesta al patio, en una gran cuadra o sala de tránsito, que de un lado daba paso a las cocinas, de otro a la estancia del planchado y arreglo de ropa. En el fondo, una ancha puerta, cubierta de pesado cortinón de fieltro, comunicaba con las extensas logias y cámaras de la morada ducal. En aquel espacioso recinto, que la servidumbre solía llamar *el cuartón*, una mujer encendía hornillas y anafes, otra braseros, y un criado, con mandil hasta los pies, ponía en ordenada línea varios pares de botas, que luego iba limpiando por riguroso turno.

«Pronto, pronto las del señor —díjole otro que presuroso entraba por la puerta del fondo—. Éstas, tontín, las gruesas... Ya se ha levantado, y allá le tienes dando zancajos por el cuarto, y rezándole al demonio Padrenuestros y *Biblias*».

—¡Anda!, que espere —replicó el que limpiaba—. Se las pondré como el oro. No podrá él hacer lo mismo con la sarna que tiene en su alma.

—A callar —díjole un tercero, añadiendo a la palabra un amistoso puntapié.

—¿Qué comes? —preguntó el embetunador viendo que mascullaba.

—Pan y unas *miserias* de lengua trufada.

De la próxima cocina venía fuerte aroma de café. Allá acudieron uno tras otro, y el de las botas, con la mano izquierda metida en una, alargó la derecha para coger, del plato que presentaba un marmitón, tajadas de fiambres exquisitos. El francés se apipaba de lo lindo, y todos le imitaron, mascullando a dos carrillos, a medio vestir unos, otros en mangas de camisa y con las greñas sin peinar.

«Prisa, prisita, *amigos míos*, que a las nueve hemos de ir todos a la misa. Ya oísteis anoche. Vestida toda la servidumbre».

El portero se había enfundado ya en su librea, que hasta los pies le cubría, y se refregaba las manos pidiendo café bien caliente. El ayuda de cámara recomendaba que no se dejase para lo último el chocolate del señor marqués.

«Al tío *Tor* —dijo una voz bronca, que debía de ser de alguno de la cuadra—, no le gusta más que el de a tres reales, hecho con polvo de ladrillo y bellotas...».

—¡Silencio!

—Es hombre, como quien dice, de principios bastos, y por él, comería como un pobre. Come a lo rico porque no digan.

—¡A callar! ¿Quién quiere café?

—Yo y nosotros... Oye tú, *Bizconde*, saca la botella de aguardiente.

—La señora ha dicho que no *haiga mañanas*.

—Sácala te digo.

Un marmitón de blanco gorrete, bizco por más señas, repartió copitas de aguardiente, dándose prisa en el escanciar, como los otros en el beber, para que no los sorprendiera el *jefe*, que a tal hora solía presentarse en la cocina, y era hombre de mal genio, enemigo declarado, como la señora, de las *mañanas*. El francés recomendaba la sobriedad, «para no echar vaho»; pero él se empinó hasta tres copas, diciendo al concluir: «Yo no doy olor: me lo quito con una pastilla de menta».

En esto, el estridor repentino y vibrante de un timbre, les hizo saltar a todos como poseídos de pánico.

«¡La señora!... ¡la señora!».

Corrieron, unos a concluir de vestirse, otros a proseguir en los menesteres que entre manos traían. Una que debía de ser doncella principal, se puso de un brinco en la puerta que al interior del palacio conducía, y desde allí gritó con voz de alarma: «¡Despachaos, gandules, y a vestirse pronto!... El que falte ya se las verá con la señora».

Un segundo repiqueteo del sonoro timbre la llevó como el viento por galerías, salas y corredores sin fin.



«Es la misa que se celebra el 11 de cada mes, porque en día 11 parece que se tiró por el balcón un hermano de las señoras, que *sufría* de la vista» —dijo el francés a su compañero y conciudadano el *jefe*, que acababa de entrar, y con él dos ayudantes, portadores de varios canastos bien repletos, con la compra del día. Indiferente a todo lo que no fuera su cometido en la casa, sacudió la ceniza de la pipa y la guardó, disponiéndose a cambiar las ropas de caballero por el blanco uniforme de capitán general de las cocinas. Se vestía en el cuarto del otro francés, y allí tenía sus pipas, las raciones de tabaco de hebra, y un buen repuesto de fiambres y licores para su uso particular.

Mientras el jefe de comedor cepillaba su frac, el de cocina revisaba en su *carpet*, retocando cifras, la cuenta de plaza. «Ya, ya —murmuró—. Día 11. Por eso tenemos diez cubiertos al almuerzo... ¿Con que misa? Eso no va conmigo. Soy hugonote... Ahora recuerdo: delante de mí venía ese clérigo... Yo andaba de prisa, y le pasé en la esquina. Debe de haber entrado por la puerta grande».

—¡Eh, Ruperto!... —gritó el otro saliendo al pasillo—. Ya tienes ahí al padre Gamborena, que viene a echar la misa, y tú no has encendido la estufa de la sacristía.

—Sí señor: ya está. *San Pedro*, como le dice el señor Marqués por chungu, no ha llegado todavía.

—Corre... entérate... A ver si está corriente todo el servicio del altar... paños... vino.

—Eso es cosa de Joselito... ¿Yo qué tengo que ver con la ropa de cura, ni con las vinajeras?

—Hay que multiplicarse —dijo el francés oficiosamente, poniéndose el frac y estirándose los cuellos—. ¡Si uno no mete su nariz en todo sale cada cien-pies!...

Tiró hacia las estancias palatinas, que por aquella parte empiezan en una extensa galería en escuadra, con luces a un patio. En las paredes, estampas antiguas de talla dulce, con marcos de caoba, y mapas de batallas en perspectiva caballera: el suelo, de pita roja y amarilla, como un resabio de las barras de Aragón: los cristales, velados por elegantísimos transparentes con escudos de Gravelinas, Trastamara y Grimaldi de Sicilia. Al término de esta galería, una gallardísima escalera conduce a las habitaciones propiamente vivideras de la suntuosa morada. En la planta baja todo es salones, la rotonda, el gran comedor, el invernadero y la capilla, restaurada por las señoras del Águila con exquisito gusto. Hacia ella iba el bueno del francés, cuando vio que por la gran crujía que arranca del vestíbulo y entrada principal del palacio, venía despacito, sombrero en mano, un clérigo de mediana estatura, calvo y de color sanguíneo. Hizo le gran reverencia el fámulo; contestole el sacerdote con un movimiento de cabeza, y se metió en la sacristía, en cuya puerta le esperaba un lacayo de librea galoneada. Con éste cambió breves palabras el francés, intranquilo hasta no cerciorarse de que nada faltaba en la capilla; disparó después algunas chirigotas a la doncella que subía cargada de ropa; fue luego a echar un vistazo al comedor chico, y desde él sintió que un coche entraba en el portal. Oyose el pataleo de los caballos sobre el entarugado, después el golpe de la portezuela.

«Es la de Orozco —dijo el francés a su segundo, que ya tenía lista la mesa para los invitados que quisieran desayunarse después de la misa—. Dama de historia, ¿eh? Ella y la señora Marquesa son uña y carne».

En efecto, desde la puerta del comedor chico vio entrar a una esbelta dama, vestida de riguroso luto, que con la franqueza de una amistad íntima, se dirigió, sin ser anuncia-

da, a las habitaciones altas. Otras dos y un caballero entraron luego, pasando a un salón de la planta baja. De minuto en minuto aumentaba el rebullicio de la numerosa servidumbre, y daba gusto ver las pintorescas casacas, los blancos plastrones, los fraques elegantes de toda aquella chusma. A las nueve, bajó Cruz del Águila, dando el brazo a su amiga Augusta, y por la escalera se lamentaban de que Fidela, retenida en cama por un pertinaz ataque de *influenza*, no pudiera asistir a la misa. Pasaron al salón, y del salón, juntas con las otras damas, a la capilla, ocupando sitios de preferencia en el presbiterio. Lo demás lo llenó la servidumbre, hombres, mujeres y niños. Pasó revista la señora con su impertinente, a ver si faltaba alguno. No faltaban más que el jefe de la cocina, y el de la familia, Excelentísimo Señor Marqués de San Eloy.

El cual, en el momento de empezar la misa, salió de su habitación tan destemplado y con los humores tan revueltos, que daba miedo verle. Calzado con gruesas botas relucientes, la gorra de seda negra encasquetada hasta las orejas, bata oscura de mucho abrigo, echose al pasillo dando tumbos y patadas, tosiendo ruidosamente, y masticando entre salivazos palabras de ira. Por una escalera interior bajó al patio de las cuadras, y no encontrando allí a ninguno de los *funcionarios de aquella sección*, descargó toda la rociada sobre un pobre anciano, que disfrutaba un mezquino jornal temporero, y que a la sazón barría las basuras, y cargaba de ellas una carretilla. «¿Pero qué es esto, ñales? ¡El mejor día les pongo a todos en la calle, como me llamo Francisco! ¡Gandules, arrapiezos, *dilapidadores* de lo ajeno, canallas, *sanguijuelas del Estado!*... ¡Y ni tan siquiera avisasteis al veterinario para que vea la pata hinchada del Bobo (Boby, alazán, de silla) y el muermo de Marly (bayo normando, de tiro)! Que se me mueran, ¡cuerno!, y el coste de ellos os lo sacaré de las costillas. ¿Con que misa? Vaya con las cosas que inventa esa para distraerme a toda la depen-

dencia, y apartar al *personal* de sus obligaciones. ¡Ñales, reñales!»....

Metiose luego por el *cuartón*, que era como el punto de cita de toda la servidumbre, y no viendo a nadie, siguió hacia el interior de la ducal morada, renegando y tosiendo y carraspeando; dio dos o tres vueltas por la galería de las estampas, y de los mapas de guerras y combates; por último, en la mitad de un terno que se le quedó atravesado entre los dientes, con parte de la grosería fuera, parte de ella dentro, pegada a la lengua espumarajosa, hallose junto a la capilla, y oyó un sonoro *tilín* dos veces, tres.

«Ea, ya están alzando —dijo en un gruñido—. Yo no entro. ¿Ni a santo de qué había de entrar, malditas biblias?».

Volviose a su cuarto, donde acabó de vestirse, poniéndose levita, gabán y sombrero de copa, y empuñando en una mano los gruesos guantes de lana, en otra el bastón de puño de asta, que conservaba de sus tiempos *de guerra*, bajó de nuevo, a punto que terminaba el oficio divino, y los criados desfilaban presurosos, cada cual a su departamento. Las damas, dos caballeros graves, Taramundi, Donoso, y el señorito de San Salomó, que había ayudado la misa, subieron a ver a Fidela. Escabullose D. Francisco, para evitar saludos, pues aquella mañana *no le daba el naipe por las finuras*. Cuando vio despejado el terreno, metiose de rondón en la sacristía, donde se hallaba solo el oficiante, ya despojado de la casulla y alba, y atento a un tazón de café riquísimo con escolta de tostaditas de pan y manteca, que encima de la cajonera le había puesto, en bandeja de plata, un lacayín muy mono.

«Pues llegué tarde a la misa —díjole don Francisco bruscamente, sin más saludo, ni preliminar *de cortesía*—, porque no me avisaron a tiempo. ¡Ya ve usted qué casa ésta! Total, que no quise entrar por no interrumpir... Y créame usted... yo no estoy bueno, no señor, no estoy bueno... Debiera quedarme en la cama».

—¿Y quién le obliga a levantarse tan temprano? —dijo el clérigo, sin mirarle, tomando el primer sorbo de café—. ¡Pobrecito, se levanta para ir en busca de un triste jornal, y traer un par de panecillos y media libra de carne al palacio de Gravelinas!

—No es eso, ña... no es eso... Me levanto porque no duermo. Me lo puede creer, no he pegado los ojos en toda la noche, Sr. San Pedro.

—¿De veras? ¿Por qué? —Preguntóle el clérigo con media rebanada entre los dientes y la otra en la mano—. Y entre paréntesis: ¿por qué me llama usted a mí *San Pedro*?

—¿No se lo dije?... Ya, ya le contaré. Es una historia de mis buenos tiempos. Llamo buenos tiempos aquellos en que tenía menos *conquibus* que ahora, en que sudaba hiel y vinagre para ganarlo, los tiempos en que perdí a mi único hijo, único no; quiero decir... pues... en que no conocía estas grandezas fantasiosas de ahora, ni había tenido que lamentar tanta y tanta *vicisitud*... Terrible fue la *vicisitud* de morírseme el chico; pero con ella y todo, vivía más tranquilo, más en mi elemento. Allí penaba también; pero tenía ratos de estar conmigo en mí, vamos, que descansaba en un *oasis*..., un *oasis*... *oasis*.

Encantado de la palabra, la repitió tres veces.

«Y dígame ahora, ¿por qué no durmió anoche? ¿A caso...?».

—Sí, sí; no pude dormir por lo que me dijo usted al retirarme a mi cuarto, como cifra y recopilación de aquel gran palique que echamos a solas. *Velay*.